

El ateísmo es industrial; reina en los talleres y en los arsenales de la economía, oprimiendo bajo un cetro grosero la noble alma del pueblo trabajador, cerrando el cielo sobre su cabeza, ahogando la adoración en su pecho, la plegaria en sus labios, la religión en su alma, Dios en su conciencia; dice: No, la nueva industria y la economía nueva no reconocen á Dios.

El ateísmo es político: sueña en gobiernos que lleven su nombre y que se alienten con su soplo; es comunista, socialista, Fourierista; es demócrata, republicano, y si se ofrece, partidario de la autoridad, con tal que esa poderosa máquina que él llama el Estado, le sirva para destruir á los que nombra sus enemigos; es, y se jacta de serlo, el reinado de la fuerza elevada á la última potencia: Yo soy el derecho nuevo, dice el ateísmo político; *soy el derecho del lobo, de devorar el cordero.*

El ateísmo es profesor. Lo veis desde aquí con su alma sin fé, su corazón sin amor, su mirada sin luz y su palabra sin fuego, subir sobre su cátedra de negación, es decir, según la expresión enérgica de la Escritura, su cátedra de pestilencia; y lo oís que grita á vuestros hijos: Aprended de mí que no teneis alma; aprended de mí que no hay cielo; aprended de mí que no hay Dios.

¡El ateísmo profesor! ¡No le faltaba ya sino convertirse en ayo, en maestro de escuela, en preceptor de la infancia! Y hé aquí que vemos, sin indignarnos cuanto debieramos, que se ostenta en medio de nosotros ese espectáculo, horrible entre todos los que espantan, el ateísmo que abre escuela y escribe en su fachada, ó lo que viene á ser lo mismo, en el programa de su enseñanza: Aquí no puede pronunciarse el nombre de Dios.

Después de esto, ¿habrá que admirarse de que el ateísmo se haya convertido en publicista, y que, no há mucho, el periodismo, tomando este nombre como una bandera, haya osado decir, mirándoos en la cara: Yo me llamo ateo? ¿Cómo ha podido producirse este fenómeno sin colmaros

de asombro? ¡Ah! Es que de solitario que era antes, el ateísmo se ha convertido en *legion*, legion insignificante comparada con el grande ejército de los creyentes, pero al fin legion.

Y esta legion, que quisiera también ella convertirse en ejército, marcha, como obedeciendo á una consigna, avanza, invade. Esto no basta; no solamente os invade, os *insulta*, os *desafia*, así con el estrépito que hace, como con la publicidad que se procura y la audacia que manifiesta. Y hé aquí lo que contrista más el alma y debe daros más en que pensar: este ateísmo, muy lejos de buscar las tinieblas, se muestra á la faz del sol y arrostra la luz.

En otro tiempo, salvo rarísimas excepciones, el ateísmo caminaba en la sombra desapercibido por la multitud; no se confesaba á sí mismo, no se mostraba, sobre todo no se jactaba. Buscaba el misterio como un asilo, y el silencio como un refugio. Suplicaba á la noche que lo protegiese contra el día, y al silencio que lo defendiese contra el anatema de las almas. Hoy día el ateísmo ha arrojado su último antifaz; ha descubierto su rostro; y hélo aquí que camina con la cabeza levantada y la frente erguida. Sí, esa frente horrible que antes no podía sufrir la luz, hoy la desafía. ¿Qué digo? Poco es mostrarse; poco es confesarse á sí mismo; se ostenta, se jacta, se admira á sí mismo; y, como se dice en nuestro nuevo lenguaje, *se planta*: ¡se planta ante el siglo que desafía, ante el Dios de quien blasfema, ante el género humano á quien ultraja!

¡Miradlo, á ese ateísmo fanfarrón! Atrevido, audaz, orgulloso de sí mismo, sube sobre los escombros acumulados por todas las negaciones que le han abierto el camino; allí, como el géneo mismo de Satanás, despliega su negra bandera; y llamando á sí, de todas las guaridas del anti-cristianismo contemporáneo, á todos los apagadores de las antiguas luces, grita, con voz furiosa, no ya tan solo: ¡Abajo la Iglesia, abajo el Papado!... ¡Ah! La voz de Satanás se ha engrandecido terriblemente desde hace un siglo, y la

oís gritar: ¡Abajo la religion, abajo Dios! El reinado de Dios está acabando, el reinado del hombre empieza: el imperio de lo imaginario se desploma con tremenda caída, y sobre sus ruinas va á levantar su trono la realidad, y á extender sobre el género humano libertado su cetro soberano. Ese Dios, exclama, lo habeis creado un día objetivando un sueño de infinito, espectro de vuestro pensamiento que se miraba á sí mismo. ¡Pues bien! Atreveos á destruir ese Dios que habeis creado; atreveos á aniquilar ese fantasma evocado por vosotros mismos: sobre sus ruinas, por fin, va á levantarse el Progreso; él dirá: Yo soy, y ya no hay mas que yo.

De este modo, despues de cerca de dos mil años de cristianismo, asistimos á un espectáculo que hubiera asombrado, no sin razon, aun al paganismo: una predicacion pública de ateismo, que se hace con un rumor y una ostentacion bien calculados, en pleno cristianismo: un ateismo jactancioso, que sube con estrépito á todos los tablados de la publicidad contemporánea; que se forja, en presencia del siglo que lo mira, un pedestal, una auréola, una celebridad. ¡Oh vergüenza de nuestros tiempos! ¡Quién te hubiera jamás podido imaginar y creerte posible? ¡Ateismos de veinte años que se burlan del espíritu humano y vienen, entre orgías de impiedad y saturnales de blasfemias, á denunciar públicamente á Dios como el mal que es menester perseguir, á Dios como el mal que es preciso desterrar, á Dios como el mal que es fuerza reducir á la nada! Tanto, que esta expresion tristemente célebre, que no há mucho tenia todavía los animos estupefactos: *Dios es el mal*, vuelve á encontrar hoy por todas partes, mas ó menos, en el gitanismo de la literatura de baja ralea, y de la filosofía libertina, y hasta en todos los callejones del libre pensamiento, estos ecos espantosos: ¡Dios es el mal, así pues, abajo Dios!

Tal se nos presenta el ateismo contemporáneo; no solamente invade, sino que desafía, insulta, provoca á Dios y

á sus adoradores. Esto no basta, *amenaza*: ¡y tenemos que preguntarnos sériamente, qué seria para nosotros la hora de su triunfo, si el pudiera, en efecto, triunfar un día! ¡Ah! Esta legion invasora y estrepitosa es aun mas despótica y amenazadora. Para formarse un imperio exclusivo y apoderarse del timon de los hombres y de las cosas, es capaz de emprender todo y atreverse á todo. . . . Inútil seria hacerse sobre este punto una última ilusion. Las tendencias del ateismo son lo que son, esencialmente tiránicas: oprimir á los otros exaltándose á sí mismo, tal es su divisa, su esperanza, su ambicion, su fin.

Así tambien, vedlo obrar, escuchad como habla. No solo pide para sí mismo su libertad de pensar, su libertad de decir, su libertad de obrar: aspira, yo lo sé, á confiscar la libertad de los demás; tiende á sofocar todo pensamiento que no es su pensamiento. De poco le sirve ser libre, aspira á reinar, es decir, á oprimir. De poco le sirve que se le permita negar, insultar, blasfemar del Dios que todos adoramos: exige que nosotros dejemos de adorarlo; ¡y en nombre del nuevo espíritu, del nuevo progreso, de los nuevos principios, quisiera imponeros la fraternidad de la negacion, del sacrilegio y de la blasfemia! ¡En nombre de la paz, suscitaria en el género humano una guerra espantosa; en nombre de la justicia decretaria la expoliacion; en nombre de la libertad el encarcelamiento y en nombre de la fraternidad el exterminio!

¡Para qué mostraros mas las entreabiertas fauces del tigre que amenaza? ¡No me basta evocar aquí vuestros recuerdos recientes, y escuchar con vosotros los ecos de las amenazas que parece que resuenan aun? . . .

No há mucho, bien lo recordais, los sectarios de la negacion atea acudian de un cabo al otro de la Europa, á reunirse sobre una tierra libre, digna de acoger otros huéspedes y contemplar otros espectáculos. Iban á inaugurar el reinado del nuevo progreso; y este principio del nuevo progreso era el fin de las religiones, de los cultos,

de los sacerdocios. Decían: Somos el concilio ecuménico de la Paz. Y á ese génio de la paz se le oía exclamar, la cabeza desgrenada, el pecho palpitante y la espuma en los labios, semejante á la sibila sobre su trípode: *bella, horrida bella*: Guerra á los ejércitos, guerra á los sacerdocios, guerra á la propiedad. ¡Ni cuartel, ni Iglesia, ni capital! ¡Abajo todo el que tiene una espada en la mano, una plegaria en los labios, un pedazo de tierra bajo sus piés! ¡Va á llegar la justicia; va á pasar el soplo de la democracia, y él barrerá todos esos ejércitos permanentes, ejércitos de soldados, de sacerdotes, de propietarios!—¡A esto llaman esos señores preparar el reinado de la libertad, de la justicia y de la paz!...

¡Ah! Ya sabemos ahora lo que esos mansísimos hermanos de la democracia anticristiana entienden por el reinado de la justicia y de la paz entre los hombres; todos los ecos de Europa nos han traído los rugidos de su feroz tolerancia y su implacable fraternidad. Y hé aquí que algunos de sus discípulos sinceros, dejando escapar su secreto, nos revelan la última expresión de la libertad que aquella nos prepara y de la paz que nos promete. Para conseguir el acabar con todos los cultos, hablan de derribar todos los altares y de reducir á cenizas todos los templos. Para llegar á suprimir de un golpe todas las religiones de la tierra, hablan ni mas ni menos que de matar á todos los que tienen una religion; y para desterrar para siempre eso que encuentran por todas partes, así en el presente como en el pasado, la adoracion, hablan de exterminar á todos los adoradores. Arrasad, juntamente con San Pedro de Roma todos los templos de la tierra, ¿quedará todavía un culto y una religion? Cortad la cabeza á todos los cristianos, ¿quedará todavía algun cristianismo? Extermidad todos los pontífices, ¿quedará todavía una Iglesia, un sacerdocio, un episcopado? ¿Acaso sobre todas estas ruinas podrá subsistir aun el Papado, esa cima de las religiones? ¿Han vuelto jamás los verdaderos muertos? ¿Volvió Carlos I? ¿Luis XVI ha vuelto? ¿Maximiliano volverá? ¡Así

exclamaba no há mucho el ateismo revolucionario, aplaudiendo los crímenes mas famosos y expresando el sentimiento de que su génio sanguinario no haya derribado de un golpe la dignidad real y el Sumo Pontificado con la inmolacion del Papa-Rey!... Para que la religion desaparezca, ¿es menester anegarla en su sangre? ¿Que corra la sangre y sature los sulcos en que arroja nuestra mano la simiente del porvenir! ¿Para el triunfo definitivo de la *idea* se necesita un millon de cabezas? ¿Que caigan! Así exclamaban hace algun tiempo algunos jóvenes energúmenos, locos furiosos del ateismo contemporaneo: atravesemos el cielo con nuestros aceros; hagamos caer á Dios de su trono, y que el culto de la humanidad, inaugurado al fin sobre la tierra, crezca y se eleve sobre las ruinas de la religion y de la Divinidad.

Ved ahí, Señores, al ateismo contemporaneo: ¡Vedlo con sus invasiones, sus bravatas, sus amenazas; vedlo próximo á marchar, sobre las ruinas de Dios, al exterminio de los hombres, y á plantar sobre esas ruinas divinas y humanas, la bandera del progreso que prometen á la tierra!

¡Ah, Señores! El doloroso asombro que experimento en presencia de semejante vértigo, ó mas bien la profunda compasion que siento por esa extraña enfermedad, verdadera enagenacion mental del libre-pensamiento, yo os lo confieso, es una cosa que nunca seria capaz de expresaros. No: aun cuando, por un súbito milagro, Dios centuplicara, tanto mi potencia de comprender, como mi potencia de decir; aun sublimado al trono de la elocuencia, jamás podria expresar el absurdo profundo y la monstruosa locura que encuentro en esa inauguracion del progreso del hombre por la negacion de Dios, en ese advenimiento de la civilizacion por la supresion de toda religion, y sobre todo, en esos llamamientos á la justicia y á la paz por medio de la matanza y el exterminio. Al oír el rumor de estas predicaciones dos veces siniestras, al ver á través de la noche que descende sobre nosotros, pasar y volver á pasar

P. FÉLIX.—1868. 3.

esos fantasmas espantosos, me pregunto si no es acaso un sueño el que miro, una terrible pesadilla la que oprime mi ánimo, y me veo tentado á retener aquí en el silencio una palabra incapaz de deciros, pues no ve siquiera de donde asirlos para vencerlos y matarlos, esos monstruos de error.

En presencia de estos excesos de sinrazon, la elevacion del género humano por la caída de Dios; frente á un adversario que lleva hasta ese extremo, al par que la blasfemia contra Dios, el insulto á la razon y el ultraje á la humanidad, yo, humilde, pero intrépido defensor de la verdad, me pregunto á mí mismo ¿qué debo y qué puedo decir, para vengar aquí á la vez á Dios, á la razon y al género humano? . . . A ese ateismo audaz que camina marchando sobre las ruinas que acumula en todas las esferas, decidme, si lo sabeis, ¿de dónde lo asiré, por dónde afianzarlo? ¿Cómo encontrar, para atacarlo, una tierra firme en que la razon pueda hacer pié, y reducirlo á polvo estrechándolo en los robustos brazos de una invencible lógica? . . . El ateismo contemporaneo niega todo, sacude todo, desarraiga todo, sí, hasta la razon misma. Todo lo que hasta ahora ha obtenido, de siglo en siglo, el asentimiento unánime del género humano y el sufragio universal del génio, él lo pone en duda, él lo niega, él lo insulta. Encerrado en el orgullo de su fria negacion, se burla de todas las afirmaciones del género humano, y su doctrina salvaje conculca los testimonios mas ilustres, mas respetados, mas infalibles. Esto supuesto, ¿dónde hallar, para herirlo en una lucha leal, armas que lo alcancen y en efecto lo hieran?

Afortunadamente, bajo los escombros acumulados por sus negaciones, resta un punto de apoyo, una columna de inmole granito. ¡Hijos de la negacion atea, encarnizados destructores de tantos testimonios aniquilados ó desechados por vosotros! ¡Ah! Por mas que hagais, tres testimonios nos restan y triunfan de vosotros: la naturaleza del hombre, la fuerza de las cosas, los acontecimientos de la historia. Estos tres testigos gritan juntos con una voz que no hareis

callar: anatema al progreso por el ateismo; sin religion no puede haber progreso; y la negacion de Dios es la negacion del progreso mismo. Es lo que voy á mostraros, antes de concluir, de un modo general.

II.

Ante todas cosas, para confundir la teoria del progreso por el ateismo ante el tribunal de la razon y el jurado del sentido comun, evoco un testimonio tan irrecusable como invencible: el inmortal testimonio de la *naturaleza humana*.

Que el ateo, en su punto de vista, deseche aquí todo testimonio divino, bien se comprende; cuando Dios mismo entra en litigio, no parece admisible el testimonio divino. ¿Qué importa al adversario sistemático de lo divino, lo que dice la revelacion divina, la fé divina, la palabra divina, la autoridad divina? Pero la revelacion humana, la fé humana, la palabra humana, la autoridad humana, en una palabra, el testimonio universal y perpetuo de la naturaleza humana, ¿cómo recusarlo, cómo desdeñarlo, cómo despreciarlo? ¡Lo humano! Vosotros lo poneis en lugar de todo, vosotros lo poneis, divinizándolo, en el lugar de Dios mismo; es vuestro único revelador y vuestro solo oráculo. Luego, de grado ó fuerza, en pro ó en contra de vuestros sistemas, es fuerza que lo oigais; que creais lo que él dice y afirméis lo que él afirma. ¡Pues bien, adoradores de lo humano! Hé aquí que lo humano mismo se levanta y protesta contra vosotros; la conciencia humana está contra vosotros; el alma humana está contra vosotros; ó, si borrais de vuestro diccionario materialista esta palabra sublime, yo os digo: la *naturaleza humana* está contra vosotros.

Si, Señores: al ruido de esos clamores inauditos, que proclaman como la salvacion del porvenir la union inseparable del ateismo y del progreso, se ha sublevado la naturaleza humana con todo lo mas grande y mas santo que lleva dentro de sí; se ha sublevado con su vida desconocida, con su dignidad ultrajada, con su conciencia indignada,

con su buen sentido rebelado, y de un cabo al otro del mundo moral, ha gritado y grita todavía: ¡Yo protesto! Yo protesto, así con mis necesidades mas nobles como con mis instintos mas generosos; yo protesto contra los que blasfeman de Dios é insultan al hombre; yo protesto contra ese fantasma de progreso, que no es sino la realidad de la decadencia; ¡sí, yo protesto!... ¡Ah! Es que en lo mas íntimo de mí mismo, en el corazón mismo de mi vida, yo llevo una pasión que no me arrancarán todas las violencias del ateísmo; pasión tan sagrada como indomable, pasión elocuente, que á falta de cualquiera otro testimonio bastaría para demostrarme que fuera de la religión mi progreso no puede existir, y que la caída de Dios no haría sino precipitar de una manera espantosa la caída del hombre; ¡yo tengo, al par que la invencible necesidad de adorar, la inextinguible pasión de lo divino!

¡Ah, Señores! Esta prodigiosa pasión de lo divino es menester que esté arraigada de un modo bien extraño en el fondo de la naturaleza humana, para que nunca haya podido lograr desarraigarla, ni la espada de error alguno, ni la espada de palabra alguna, ni la espada de poder alguno, y que siempre y en todas partes, en todos los grados de la gerarquía humana, se la encuentre viva, tenaz, inmortal, indestructible. Esta ambición de encontrar á Dios, esta hambre y esta sed de adoración, llena de tal manera el alma humana, que cuando deja de seguir el curso natural que la lleva hácia Dios, empieza á rebosar por todos lados: semejante al río arrebatado por una corriente impetuosa, que no hallando ya el paso franco en su lecho, rompe todos los diques, y va, descarriado y furioso, á inundar los campos, las praderas, los valles, las ciudades con el exceso de sus aguas.

Así acaeció un día en las naciones con esa corriente de lo divino que arrebató al género humano en busca de Dios. Las pasiones la habían arrastrado con ellas en el fango. Los pueblos, dejando de dirigir á lo alto sus adoraciones,

las habían dejado precipitar en lo bajo; habían deificado todo, sus deseos, sus amores, sus crímenes mismos. El politeísmo nació de esta necesidad de adorar desviada de su senda; y el género humano, dispersando sobre todos los falsos dioses que se había forjado, sus adoraciones multiplicadas al infinito, realizaba la sublime expresión de Bossuet: "Todo era Dios en el mundo, excepto Dios mismo." De este modo, como el vasto océano se extiende de continentes á continentes, sin dejar nunca de ser el inmenso océano, esta pasión profunda y universal de lo divino, deramándose de creatura en creatura, permanece siempre lo que es, es decir, la inagotable necesidad de adorar, que forma el fondo de nuestra naturaleza esencialmente adoradora.

¡Ah Señores! Reconcentraos un momento en vosotros mismos, y decidme si vuestro corazón y vuestra conciencia de hombres no responden con eco unánime á este universal testimonio de la grande alma humana. ¡Oh, sí! Quiquiera que seais, vosotros también lleváis en vosotros mismos la inextinguible pasión de lo divino. Esa necesidad está de tal manera *anclada* en vuestra humana naturaleza, que aspiráis á lo divino, que lo buscáis y correis siempre tras él, aun en las cosas que lo combaten y que parece que mas os alejan de él. No amáis nada con un amor profundo, no abrazáis nada con un abrazo simpático, sino es introduciendo ahí, de grado ó fuerza, algo de Dios, una imagen, un reflejo, una sombra, una apariencia de él... ¡Ah! Cuando amáis apasionadamente y, como os agrada decir, *hasta la adoración*, bien sé yo lo que haceis: arrancais del foco divino, es decir, de Dios mismo, un rayo de su bondad, de su amor, de su belleza, de su perfección infinita; lo colocáis sobre la frente de ese ser que amáis, y decís al mirarlo: *adorable!*... Y en efecto, os postráis, y al pié de la letra, adoráis; tan insaciable es la necesidad de lo divino; tan imposible es desarraigar la pasión de adorar en el fondo de la humana naturaleza!... Todo el que una vez